

DOMINGO/ 22/A 28 AGOSTO 2011

Jeremías 20,7-9

Me sedujiste, Señor, y me dejé seducir; me forzaste y me pudiste. Yo era el hazmerreír todo el día, todos se burlaban de mí. Siempre que hablo tengo que gritar: "Violencia", proclamando: "Destrucción". La palabra del Señor se volvió para mí oprobio y desprecio todo el día. Me dije: "No me acordaré de él, no hablaré más en su nombre"; pero ella era en mis entrañas fuego ardiente, encerrado en los huesos; intentaba contenerlo, y no podía.

Salmo responsorial: 62

R/Mi alma está sedienta de ti, Señor, Dios mío.

Oh Dios, tú eres mi Dios, por ti madrugo, / mi alma está sedienta de ti; / mi carne tiene ansia de ti, / como tierra reseca, agostada, sin agua. R.

¡Cómo te contemplaba en el santuario / viendo tu fuerza y tu gloria! / Tu gracia vale más que la vida, / te alabarán mis labios. R.

Toda mi vida te bendeciré / y alzaré las manos invocándote. / Me saciaré como de enjundia y de manteca, / y mis labios te alabarán jubilosos. R.

Porque fuiste mi auxilio, / y a la sombra de tus alas canto con júbilo; / mi alma está unida a ti, / y tu diestra me sostiene. R.

Romanos 12,1-2

Os exhorto, hermanos, por la misericordia de Dios, a presentar vuestros cuerpos como hostia viva, santa, agradable a Dios; éste es vuestro culto razonable. Y no os ajustéis a este mundo, sino transformaos por la renovación de la mente, para que sepáis discernir lo que es la voluntad de Dios, lo bueno, lo que le agrada, lo perfecto.

Mateo 16,21-27

En aquel tiempo, empezó Jesús a explicar a sus discípulos que tenía que ir a Jerusalén y padecer allí mucho por parte de los ancianos, sumos sacerdotes y escribas, y que tenía que ser ejecutado y resucitar al tercer día. Pedro se lo llevó aparte y se puso a increparlo: "¡No lo permita Dios, Señor! Eso no puede pasarte." Jesús se volvió y dijo a Pedro: "Quítate de mi vista, Satanás, que me haces tropezar; tú piensas como los hombres, no como Dios." Entonces dijo a sus discípulos: "El que quiera venirse conmigo, que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga. Si uno quiere salvar su vida, la perderá; pero el que la pierda por mí la encontrará. ¿De qué le sirve a un hombre ganar el mundo entero, si arruina su vida? ¿O qué podrá dar para recobrarla? Porque el Hijo del hombre vendrá entre sus ángeles, con la gloria de su Padre, y entonces pagará a cada uno según su conducta."

COMENTARIOS

JEREMÍAS. Jeremías sufre desprecios, marginación, amenazas y acusaciones, que llegan a hacerse insoportables. Jeremías grita su dolor. Pero ama a su pueblo; y la misión liberadora a la que se sabe llamado es tan fuerte que ninguna prueba logra desviarle. La "palabra era en mis entrañas fuego ardiente, encerrado en los huesos; intentaba contenerla, y no podía".

En el diario íntimo de sus confesiones, revela sus rebeliones contra el Dios empeñado en su persona y en su predicación. La confesión toma el aspecto de denuncia al mismo Dios, pero termina con un reconocimiento. Rozando la blasfemia, Jeremías se siente irracionalmente manipulado. Si de valoraciones humanas se trata, el ministerio que se le encomendara un día en el pueblo de Anatot, sólo ha supuesto *oprobio y desprecio*, con la continua tentación de dejarlo todo. Hasta aquí la denuncia.

Jeremías, que guardó el celibato profético durante toda su vida, no duda en recurrir al vocabulario del amor, de la seducción y del abandono para expresar el drama de su ministerio profético que casi nunca gozó de aceptación.

Si Jeremías puede saborear la fidelidad a la vocación vivida día a día es por la fuerza de la Palabra de Dios que, como volcán que estalla, incapaz de contener tanta energía, se hallaba en lo más profundo de su ser: una existencia modelada desde la mañana en que Dios le susurró que era Él quien hablaba, y Él quien decía. Jeremías no ha podido con tanto fuego; el áspero verbo *yakhol* (poder, vencer) salpica la confesión: el Señor *le pudo*, pero él *no pudo*. Este magnífico texto canta con amargura, pero también con confiado reconocimiento, la prepotencia de Dios que *pudo*, la impotencia de Jeremías que *no pudo*, pero, sobre todo, la potencia de la Palabra de fuego que estalla en el enviado.

EVANGELIO. Jesús asume como Mesías su destino de muerte y resurrección. "Era necesario"; "tenía que ir a Jerusalén y padecer allí mucho". Su misión mesiánica le exige no echarse para atrás ante la clase de muerte que le espera.

Querámoslo o no, la persona madura cuando sabe renunciar a la satisfacción inmediata y caprichosa de sus deseos en función de unos valores y un proyecto de vida. Hay cruces que llegan cuando nos embarcamos en proyectos que buscan más vida para todos.

A Pedro no le cabe en la cabeza un Mesías pobre y sufriente, porque "piensa como los hombres". Su fe en Jesús, su aceptación y seguimiento entusiasta, no cuenta ni quiere contar con que el mesianismo de Jesús no es un mesianismo "triumfante", sino un mesianismo "servicial", es decir, crucificado. Siempre que Jesús habla de esto, Pedro se pone nervioso, y en su condición de portavoz del grupo "se lleva aparte a Jesús y le increpa"; y siempre que Pedro trata de desviar el mesianismo de Jesús, Jesús le reconviene o monta en cólera contra él. "Si no te lavo los pies no tendrás parte conmigo". Le está tocando su "punto crucial": lo que Jesús intuye que le va a pasar y de lo que no puede huir si quiere mantener en pie la misión que ha recibido de su Padre. Lo que el domingo pasado era admiración y alabanza ("¡Dichoso tú, Simón, hijo de Jonás...!") se convierte ahora en rechazo

indignado: *"¡Quítate de mi vista, Satanás, que me haces tropezar! ¡Tú piensas como los hombres, no como Dios".*

Pedro, somos nosotros. No acabamos de aceptar que el mesianismo cristiano sea siempre *"pascual"*, es decir, que lo que podamos hacer de bueno, de transformador, de humano, en el mundo, *tendrá costos en nuestra propia vida*. Porque si es cierto, aunque no sea empíricamente verificable, que *"ninguna inversión del amor se pierde"*, no menos cierto es que *"para dar vida a otros hay que dar de la propia vida y, finalmente, la propia vida"*.

Tras hacer enmudecer a Pedro, Jesús comienza la catequesis de los discípulos y de la comunidad que quiera seguir sus pasos: *"A partir de entonces empezó a explicar". "El que quiera venirse conmigo..."*, el que quiera hacer el camino que lleva al Reino según Dios, *"que cargue con su cruz"*. *Esta cruz no es el sufrimiento que se busca sino el que llega por fidelidad al amor. "Nadie tiene mayor amor que el que da la vida por los que ama"*. Ahora *"ya sabéis el camino"*.

La meta de la fe es "ir con Jesús", experimentar su "seducción". "Me sedujiste, Señor, y me dejé seducir", dice Jeremías en la primera lectura, aunque después casi maldijera de tal seducción por los conflictos que le crea. Ese es el objetivo, esa la dicha, esa la condición de posibilidad de que el negarse a uno mismo y el cargar con la cruz no termine destruyéndonos a nosotros mismos. *Mirando a Pedro, hemos de corregir en nosotros aquella ingenuidad suya que no cuenta con la cruz, pero haremos bien en imitarle en su pasión por el maestro, en su entusiasmo por ir con él, por seguirlo.*

"¿De qué sirve a un hombre ganar todo el mundo si malogra su vida?" Jesús intuye que la vida de sus seguidores tampoco será fácil, que, en la medida en que le sean fieles, estará atravesada por su mismo misterio pascual. Lo que intenta es advertírsele para que cuando la cruz se acerque a sus vidas como se está acercando a la suya, se acuerden del Maestro y no se quiebren.

Una cosa está clara. Si Jesús tiene razón, y *en dar la razón vitalmente a Jesús consiste creer en él*, los creyentes estamos llamados a encarnar personal y comunitariamente esa "cultura cristiana" en el interior de la cultura reinante; a invertir los cánones de la cultura de la dominación por los de la cultura del servicio.

En la primera eucaristía, un hombre se pone en pie y dice a sus amigos: *"La vida es mía, me pertenece, puedo disponer de ella. Mi modo de disponer de ella es entregarla. Tomad y comed de esta libertad"* ¿No vivimos nosotros acaso de aquella entrega? ¿No ganó acaso la vida el Resucitado perdiéndola en la Cruz? ¿No adquiere fuerza nuestra libertad quebradiza en aquella libertad suya? *La eucaristía confirma hoy entre nosotros la verdad de aquellas palabras de Jesús: "el que pierda su vida por mí, la encontrará"*.

Juan Alarcón, s.j.

(Extracto de Sal Térrea: HOMILÉTICA)